





LA DAMA DEL ACANTILADO



María del Carmen Martínez Sandoval

LA DAMA DEL ACANTILADO



Primera edición: diciembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María del Carmen Martínez Sandoval

ISBN: 978-84-18544-76-7

ISBN digital: 978-84-18544-77-4

Depósito legal: M-30422-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis hijos, Araceli, Virginia, Cayetano, Gaspar, Víctor
y Mamen,
por amar y compartir mis sueños.
A Carol, cómplice de mis inquietudes.*



*Mi pobre dama oscura,
se marcharon tus labios
sin romper los silencios.
Sin clamar a la aurora,
sin beber de sus besos.*



Primera parte

I

Después de largas noches de insomnio y muchas vacilaciones tomé la decisión de abandonar Egipto y reunirme con mis padres, para pasar el verano en casa de mis abuelos en Colombres, Asturias. Durante el viaje los recuerdos convertidos en imágenes desfilaron ante mis ojos: la primera visión fue la de la Quinta Guadalupe y sus alrededores, supongo que su esplendor quedó perenne en la memoria cuando me dijeron que llevaba el nombre de su dueño, Íñigo, a petición de mis abuelos, que sentían gran admiración y afecto por él y por otros emigrantes que mejoraron con sus aportaciones la vida de la aldea.

En esos momentos de relajación me encontraba predispuesto para rememorar algunas de las experiencias vividas en la tierra donde nació mi padre, y en la que él había invertido parte de las ganancias de los primeros años de trabajo en Cuba. Con ese dinero pudieron transformar y ampliar la humilde casa de mis abuelos para que nos sirviera también a nosotros como residencia de verano.

Durante los seis años que había durado la carrera de Arqueología y los cuatro de permanencia en Egipto mi memoria aprendió a seleccionar los recuerdos, dejando aflorar los agradables y ocul-

tando los que podían dañar mi ánimo. Cansado de eludir algunos episodios oscuros del pasado desdeñé las zonas alegres, contemplativas y hermosas para perderme estremecido en las ondulaciones y recodos hasta llegar a los posos más profundos. Un estremecimiento empezó a recorrer mi cuerpo mientras un tenue y frío soplo se convertía en un susurro entrecortado. Tembloroso traté de imaginar que estaba ante una de las excavaciones de investigación egiptológica para el Museo Egipcio del Cairo. La oscuridad deslizaba de forma intermitente tonalidades que iban abriéndose a la luminosidad. Los leves rumores quedaron paralizados y en su lugar surgió el rostro de mi amigo Cristóbal: pálido, ojeroso, abrazado por sus cabellos largos y revueltos. Intenté visionar el cuerpo y solo pude distinguir a su abuela, Claudia, en su lecho amortajada.

Cada vez más rápidos y enérgicos los latidos de mi corazón parecían querer devolver la figura de la anciana al sinuoso camino por el que había salido, pero cuanto más lo intentaban con más fuerza se fijaba en mi mente. Durante el tiempo que transcurrió hasta mi llegada a Colombres nada solía apartar de mí la inquietud, y la angustia; cuando intentaba desviar la atención hacia la lectura el rostro de la muerta alteraba su expresión, convirtiéndolo en una terrible mueca.

Gracias a los somníferos las noches me liberaban de la loca imaginación, porque estaba seguro de que esta me estaba jugando una mala pasada. Durante el último trayecto de mi viaje debo admitir que las visiones fueron alejándose hasta desaparecer, y en ese instante final la impaciencia por cerrar cualquier vía de retorno me llevó a recurrir a lo que tenía más cercano: *Ismaelillo*, el primer poemario de José Martí, que en una de mis visitas al Museo de Historia Natural de Nueva York compré en una librería cercana para regalarlo a mi madre. Concentrado en su lectura recuperé la alegría.

Nada más llegar a la casa de mi abuelo, apenas hubimos terminado con los saludos, este me arrastró a su habitación, y del cajón de su mesita de noche sacó un envoltorio atado con un cordoncillo amarillento, con grandes letras en la cara frontal: «URGENTE».

Debajo de ellas, en tamaño normal, «Quinta Guadalupe», y entre paréntesis «entregar a Íñigo López Medina». En el remite: «Juan Gómez Mendoza, Templo de Santo Tomás-La Merced, Ciudad de México».

Por unos segundos quedé paralizado. Lo escondí, sin saber por qué, dentro del maletín y disimulando la agitación y el miedo me reuní con los demás. Durante todo el día en las reuniones familiares la conversación solo giraba en torno a mi trabajo: los hallazgos en las excavaciones de Egipto y sobre los misterios que envolvían la muerte de los faraones. Tuve que explicarles algunos de los métodos utilizados en las restauraciones, y las expediciones en las que había intervenido como especialista en Egiptología.

Esa noche esperé hasta que todos se retiraran a sus habitaciones. Después de dar un largo paseo por la villa, y disfrutar de la vista de las lujosas mansiones de estilo colonial y junto a ellas, como sello distintivo de los indianos, las palmeras, continué con mi recorrido hasta los acantilados, donde me senté hasta que hube recuperado las fuerzas necesarias para enfrentarme al extraño y desconcertante paquete. Volví a la casa rápido e impaciente, deseoso de no prolongar más el desasosiego que me producía el desconocimiento de lo que estaba atemorizándome.

Rasgué el envoltorio, por unos instantes quedé absorto observando lo que había en su interior: una nota en la que se rogaba la devolución del sobre cerrado al que estaba grapada en caso de no encontrar al destinatario.

Al abrirlo salió al exterior una carta encabezada por Juan Gómez Mendoza. Sus palabras quedaron grabadas en mi retina durante bastante tiempo:

Señor Íñigo López Medina:

Se estará preguntando quién soy y qué motiva mi atrevimiento: soy hijo de Isidoro Gómez García, hermano de Claudia, la abuela de su buen amigo Cristóbal. Me dirijo a usted porque en la correspondencia que mi padre recibía

de su hermana le hablaba mucho de la relación de amistad y afecto que mantenía con su nieto, incluso mandaba fotografías en las que están retratados junto a ella durante una comida. La última carta que recibió estaba fechada en junio de 1918, el mes anterior a su defunción. Noticia que recibimos varias semanas después debido a la lentitud del correo. Todas las cartas que mandaba mi padre de pésame a su sobrino le eran devueltas, por ausencia de su domicilio.

Puede que considere extraña o sin sentido la explicación, pero lo entenderá cuando conozca las circunstancias en las que quedó mi padre ante la falta de comunicación con los únicos parientes que le quedaban: su sobrino Arturo Maldonado y Cristóbal, hijo de este. Las consecuencias fueron para él nefastas: el abuso de la bebida se convirtió en una costumbre habitual en él. Su carácter sufrió un cambio radical, dentro del seno familiar y en el trato con los trabajadores de la hacienda, lo que dio lugar a enfrentamientos con algunos de ellos.

Hace un año, en una partida de caza, cayó del caballo con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza contra una roca, según el criado que lo acompañaba. A partir de entonces su cuerpo quedó paralizado, y solo sus ojos intentaban expresar lo que sus labios ocultaban.

Cansado, posiblemente por los intentos fallidos para hacerse entender, fue cediendo a la indiferencia por todo lo que ocurría a su alrededor. Tuvimos que recurrir a un enfermero para atenderlo durante el día. Al agravarse su estado decidimos turnarnos con él durante la noche, y es en ese momento cuando empezó el más amargo de nuestro calvario: solo parecía descansar hasta las dos de la madrugada. Pasada esa hora sus ojos se abrían de forma desmesurada girando la mirada, en ocasiones aterrorizada, de un lado a otro insistentemente.

Preocupado por lo que estaba pasando me puse en contacto con nuestro amigo y consejero Fray Gaspar, y le

conté lo que estaba ocurriendo. Comprendió enseguida que necesitábamos su ayuda y se instaló de inmediato en nuestra casa. Descansaba durante la tarde para acomodarse junto a mi padre en los periodos horarios de más agitación.

Bastó una semana de observación para darse cuenta de que su espíritu estaba sobrecogido por el terror. Ante su gravedad se impuso a sí mismo la obligación de no separarse de su cabecera hasta que no encontrara la paz.

Conforme pasaban los días su desesperanza iba en aumento, nada indicaba que con sus rezos y compañía se sosegara su alma. Sin embargo, el cuerpo de Fray Gaspar parecía pegado al sillón, como si una fuerza superior a él le impidiera levantarse.

Agradecido por su comportamiento tomé la decisión de quedarme a su lado, durante las horas más críticas, para mostrarle mi admiración e intentar con mi afecto hacerle recuperar su fervor y estima.

Todo parecía perdido hasta el 05 de mayo de 1919, el día en que se iniciaba la fiesta conmemorativa de la fundación de San Juan de Aragón, el pueblo más cercano a nuestra hacienda, situada en la Villa de Guadalupe. Esa noche el servicio, como todos los años, disfrutaba de su día libre, quedando en la casa mi madre, Fray Gaspar y yo. Alrededor de las tres de la madrugada se hizo un silencio extraño en la casa, como si una gran sombra recogiera y eliminara cualquier sonido o vibración. Instintivamente mi madre y yo corrimos a la habitación: nuestro amigo mantenía entre las suyas las manos de mi padre, sus labios se entreabrían dejando salir unos sonidos ininteligibles. Cuando llegamos a su lado quedamos paralizados, dos nombres volaron a nuestro alrededor repetidos como en una letanía: Arturo..., Cristóbal. Antes de expirar las lágrimas que brotaron de sus ojos inundaron de serenidad el rostro.

Espero con humildad que lo que acabo de contarle sea lo suficientemente explícito para contar con su ayuda en la localización de mis parientes, y de esta forma cumplir con el último deseo de mi padre.

Afectuosamente: JUAN GÓMEZ MENDOZA.

La lectura de la carta me llevó a la convicción de que las imágenes que inundaron mi mente durante el viaje no fueron tan descabelladas como yo pensé al verlas. Empecé a sentir un raro cosquilleo que invadió todo mi cuerpo: con un movimiento rítmico que fue ascendiendo desde los pies hacia arriba. Al darme cuenta lo frené de golpe y después de apretar con fuerza los puños tomé la decisión de abordar el tema como si se tratara de un enigma egipcio.

La mañana amaneció luminosa y cálida. Después de tomar el desayuno junto a la familia dibujé la ruta que solíamos recorrer Cristóbal y yo en algunas ocasiones. A los dos nos gustaba descubrir los lugares que la naturaleza nos ofrecía en toda su plenitud. Excepto las tardes de los sábados que nos desplazábamos a una pequeña taberna del puerto a escuchar las historias de los pescadores más ancianos.

Dispuesto a aprovechar el tiempo utilicé para mis desplazamientos el utilitario, modelo Guadalajara, que mi padre había comprado en Madrid a un amigo. Con él me dirigí a Llanes. Lo primero que visité fue el paseo de San Pedro, auténtico mirador sobre la Villa llanisca, su costa y la Sierra del Cuera al sur.

Después de extasiarme durante más de una hora de la bella panorámica me dirigí a la taberna del puerto pesquero. La entrada fue impactante: la expresión del tabernero al verme pasó de la sorpresa a la titubeante exclamación:

—¿Tú eres... Íñigo...?

—Sí —respondí satisfecho al sentirme reconocido—. ¿Sabéis dónde puedo encontrar a mi amigo Cristóbal?

Mi respuesta se convirtió en una llamada de atención para los

cinco ocupantes, que jugaban al dominó en una mesa cercana a la barra. Sus rostros se ensombrecieron, incapaces de pronunciar ninguna palabra dejaron que Fernando, el tabernero, contestara a mi pregunta; pero él se evadió de ella para contarme los rumores escalofriantes que circulaban por todo Llanes sobre la extraña muerte de la madrina, como llamaban cariñosamente a Claudia, el 20 de julio de 1918, que aún tenían sobrecogidas a las gentes que la conocían.

Los silenciosos testigos de su relato dejaron el juego y acercaron sus sillas a nuestro alrededor. La llegada al pueblo pesquero de Claudia cobró vida de nuevo en sus labios emocionados y temblorosos, convirtiendo para mí en imágenes su descripción: su esbelta figura, andares seguros y ágiles, que contrastaban con el rostro, aparentemente dulce y frágil.

Después de extender la mirada por todos los asistentes continuó con el relato del comportamiento de Claudia dentro y fuera del hogar: como mujer de un pescador pronto se dio cuenta de que las necesidades básicas de las familias de quienes buscaban sustento en el mar no quedaban cubiertas solo con la pesca. Dispuesta a no perder el ánimo y la alegría trabajó como costurera, lavandera, e incluso como ama de leche cuando estaba criando a sus hijos. La felicidad reinó en su casa solo durante veinte años, porque el menor de los hijos, Agustín, con trece años, se empeñó en salir a faenar con su padre el 20 de julio de 1875, y en uno de los virajes de la barca para recoger las redes el chaval cayó al mar; donde el fuerte oleaje lo hizo desaparecer en pocos minutos.

Me miró fijamente mientras pronunciaba con voz seca y tajante: «El mismo día y forma en la que después murió su madre». Salté de la silla con tal torpeza que quedé sentado en el suelo. Con una expresiva mueca de asombro me preguntó: «¿No lo sabías?». Se inclinó hacia mí para ayudarme mientras yo le contestaba tartamudeando: «No..., no...». Nos sirvió una ronda de vino, y antes de retirarse detrás del mostrador me entregó una nota doblada y susurró en mi oído: «Seguro que ella podrá decirte dónde está tu amigo».

Salí de allí más confuso de lo que había entrado. En la nota se encontraba la dirección de Eulalia, la cocinera de Claudia. El paseo hasta su casa sirvió para despejarme e incluso me permitió recuperar la esperanza de encontrar a Cristóbal.

Su sorpresa al verme pronto se convirtió en entusiasmo: lanzó los brazos a mi cuello y llenó mis mejillas de besos mientras repetía de forma insistente: «¡Dios mío..., Dios mío..., qué alegrías!». A continuación rompió en un llanto tan desconsolado que acabó casi desvanecida en mis brazos. La trasladé al interior de la vivienda, y con la ayuda de su hijo la acomodamos en un sillón de mimbre, mientras él la llamaba repetidas veces: «Madre..., madre..., madre...». Cuando por fin abrió los ojos las lágrimas rodaban a borbotones por sus mejillas. La respuesta del hijo ante el sufrimiento de su madre no se hizo esperar: «La visita ha terminado, ¡márchese!». Asustado por lo que había provocado mi presencia en Eulalia consideré que debía hacer caso a su hijo. Cuando me disponía a salir la voz de su madre me detuvo: «No..., no..., ya estoy mejor». Su cuerpo estaba erguido y la palidez del rostro había desaparecido. Esperé la confirmación del hijo y me senté frente a ella. No tuve que preguntarle por Cristóbal, porque Eulalia ya imaginaba a quién estaba buscando. Una gran tristeza se reflejaba en su mirada cuando me dijo que se encontraba ingresado en el Sanatorio Psiquiátrico ubicado en la playa del Paraíso en Villajoyosa.

Mi expresión debió de ser tan dolorida y expectante que después de esperar unos minutos dijo por fin:

—Íñigo, espero que lo que voy a contarte no te haga suponer que he perdido la razón. No sé lo que recuerdas de Cristóbal y de tus estancias aquí...

—Todo, desde la primera vez que nos conocimos, que fue a finales de agosto de 1908, en una excursión que hicimos con nuestros padres a Santillana del Mar. El encuentro de las dos parejas nos dejó a Cristóbal y a mí atónitos: la emoción que sentían se reflejaba en la fuerza de sus abrazos y besos, incluso en las lágrimas de nuestras madres. Totalmente olvidados nosotros solo ati-

nábamos a mirarnos y sonreír. Cuando fueron capaces de advertir nuestra presencia nos animaron a darnos un abrazo.

»Iniciamos juntos el recorrido a la villa rural montañesa más impresionante que yo había conocido: la primera visita, dirigida por un guía, fue la colegiata. Después de admirar la fachada principal, románica, rematada por una galería de quince arcos y la portada con su friso de figuras, pasamos al claustro, del mismo estilo, en el que los bellos capiteles labrados con escenas bíblicas, ángeles y motivos vegetales dejaron por unos minutos paralizados a nuestros progenitores. Un momento que Cristóbal aprovechó para tirar de mí hacia la salida.

»Cuando llegamos a la Plaza Mayor se paró y sin esperar ninguna respuesta por mi parte me ordenó: «¡Sígueme, vas a ver el mayor descubrimiento arqueológico de la historia!». Desorientado y sin saber a lo que me enfrentaba caminé a su lado más de dos kilómetros, para detenernos junto a una grieta y entrar por ella en las entrañas de una colina. Como en un susurro escuché su identidad: la Cueva de Altamira. Absorto en la visión de tanta belleza con sus labios entreabiertos y los ojos agrandados por el entusiasmo se olvidó de mi existencia.

—¡Dios mío..., Dios mío!

—Eulalia, si os cuento esto es porque gracias a Cristóbal y a la grandeza de las imágenes prehistóricas representadas en la cueva nació en mí el deseo de estudiar la carrera de Arqueología... ¿Qué pasa?

—Que lo que para ti fue genial en él llegó a ser, pasado el tiempo, una terrible obsesión. ¿Tú no observarte nunca nada extraño en él?

—No, era normal nuestro entusiasmo, solo teníamos dieciséis años. El verano de 1909 mis padres se quedaron en Cuba, pero yo conseguí su aprobación para venir a Colombres con una familia amiga. Durante esas vacaciones la relación entre Cristóbal y yo se consolidó: por petición de sus abuelos y los míos pasábamos una semana en su mansión y otra en nuestra casa. Pero nuestro gran

periodo vacacional fue en 1910. Aún añoro, en muchas ocasiones, esa etapa de mi vida. Con dieciocho años solo pensábamos en disfrutar del mar, las montañas y las fiestas con otros jóvenes de los pueblos cercanos.

—Íñigo, para él toda esa felicidad se acabó el verano de 1913. Su abuelo volvió a recaer en la misma crisis que pasó al fallecer su hijo Agustín. Cristóbal, con sus estudios ya terminados, convenció a sus padres para quedarse en Llanes.

—Eulalia, durante el tiempo que pasé con ellos jamás hablaban de la muerte de Agustín. Ha sido Fernando, el tabernero, quien me ha contado lo que ocurrió.

—La culpabilidad por la trágica muerte del hijo lo sumió en una desesperación incontrolable. Claudia se encontró con dos terribles dolores: la pérdida del menor de sus hijos, Agustín, y la falta de energía y ánimo de su marido, también Agustín. La elección del nombre vino a agravar aún más la angustia. Ni siquiera ella podía pronunciarlo, al escucharlo el pobre caía redondo al suelo.

—¿Cómo salió de la crisis?

—Tardó cuatro años en recuperarse. Al año siguiente del accidente su hijo Arturo, incapaz de solucionar la situación familiar, emigró a Cuba. Claudia se quedó sola para sacar adelante el hogar: trabajaba de la mañana a la noche de casera en una finca cercana al pueblo de Cué. Mientras tanto su marido parecía vivir en un mundo irreal. Así subsistieron durante cuatro años, hasta que Arturo volvió a Llanes, convertido en capitán de un barco mercante: parte de su fortuna la empleó en edificar la mansión, que tú ya conociste, en poner a su padre en manos del mejor especialista de la región y en mantenerlos hasta su muerte.

—Cuando yo lo conocí lo que más me impresionó de él fue su corpulencia y la agudeza de su mirada.

—Es un hombre noble, generoso y fuerte como su madre. Aunque también como ella en su vida sentimental ha tenido poca suerte.

—Pero su esposa es una mujer maravillosa...

—Sí, Sabina, pero por desgracia para él falleció en un hospital de Buenos Aires un año después de que su hijo se quedara en Llanes. La segunda mujer es un mal bicho...

—¡Madre! ¿Qué coño estás diciendo?

—¡Calla, hijo, calla!, no hay quien me quite de la cabeza que fue la culpable de todo lo que pasó en la mansión.

—¡Madre, basta!

Con la cara desencajada dio un puñetazo sobre la mesa y con voz cortante y seca soltó una frase tan cruel como inesperada: «El chico es un demente..., como también lo era su abuelo». El corazón empezó a golpearme con tanta fuerza que por unos segundos casi perdí el conocimiento. La voz de Eulalia sonaba como el eco interior de mi propio ser: «Animal..., animal». Mientras me abrazaba llorando seguía repitiendo las mismas palabras: «Animal..., animal». Pero, entre una y otra, como en un leve susurro me dio la dirección de Ángeles, la enfermera que atendió al abuelo y a Claudia en la mansión. Separé a Eulalia con suavidad y después de mirar con desprecio a su hijo salí rápidamente de la vivienda tratando de analizar fríamente su comportamiento: el silencio e indiferencia que mostró durante casi toda la conversación solo se alteró cuando su madre se refirió a la segunda esposa de Arturo. Una acción que unida al secretismo de Eulalia al informarme sobre la enfermera me llevaron a la convicción de que su hijo participó en alguno de los hechos ocurridos en la familia de mi amigo.

Anduve hasta el faro intentando despejar la cabeza con la brisa y el sonido de las olas al chocar en el acantilado. Sentado en una roca frente al mar volvieron a mi retina las imágenes en las que Cristóbal trataba de enseñarme a bailar El Pericote, un rito pagano de los pueblos primitivos, y el prehistórico Corri-Corri: para este baile se colocaba una vestimenta roja y dando saltos simulaba que lo perseguían hasta que caía rendido al suelo. Nuestras carcajadas terminaban por provocarnos un molesto hipo.

Las lágrimas afloraron a mis ojos recordando la alegría y la gracia que solía imprimir a todos sus movimientos, y las caricias y

abrazos que prodigaba continuamente a sus abuelos cuando veía en ellos cualquier signo de tristeza o preocupación. No podía imaginar a nadie capaz de sentir por un ser como Cristóbal un odio tan profundo como el que había visto en los ojos del hijo de Eulalia.

Si algo dejó claro esa mirada era la existencia de un secreto, al parecer solo conocido por él y su madre. Aun siendo consciente de que las dificultades para llegar al conocimiento de la verdad se enredaban cada vez más, no estaba dispuesto a dejarme amedrentar por ninguna de ellas.

No todo era negativo, tenía la convicción de que mis pasos estaban dirigidos, yo solo debía seguirlos sin titubeos y con constancia. Traté de olvidarme de la parte desagradable de la reunión y pensar en el posible encuentro con la enfermera Ángeles Rosales, en La Quinta Guadalupe, convertida en Casa de Reposo y Hospital de Sangre.

La visión del cielo y las gotas de agua que salpicaban las olas en su vuelo al chocar con las rocas terminaron por sosegar mi ánimo y llenarlo de esperanza. Después de un breve descanso los pies iniciaron su andadura liberados de cualquier imposición: primero bordeando el arrecife, mientras las gaviotas molestas por la intromisión agitaban las alas acompañadas de fuertes graznidos. Todo allí sonaba a pasado: el viejo camino que recorría para salir de la zona, el viento que parecía empujar hacia fuera celoso de mi presencia en un espacio que sentía tan suyo, y la mar cada vez más encrespada por su causa.

Avanzaba tan sumido en mis recuerdos que el grito de una voz ajena a ellos fue como si me arrancara de un estado del que no quería salir:

—¡Eh..., fuera de ahí o te arrastrarán las olas!

Salí corriendo de aquel lugar asustado al comprobar que los recuerdos estaban expulsándome del presente. Una vez fuera del peligro recuperé el dominio de mi cuerpo y de la situación: con una fuerte sacudida de la cabeza la liberé de la nostalgia y la evocación.

Con paso rápido y firme regresé al sitio donde había dejado aparcado el coche y me marché con la intención de hacer solo una parada para comer durante el trayecto, antes de llegar a Colombres.

* * *

Mi entrada en la casa acabó con el descanso de la familia: mi madre y la abuela con un profundo suspiro se acercaron a darme un beso antes de introducirse en la cocina para preparar la cena. Mi padre se limitó a exclamar su típico «humm» y siguió aspirando el humo de su pipa. La única persona que advirtió algo extraño en mí fue el abuelo.

La excelente cena transcurrió animada por el cotilleo entre las dos mujeres. Nada más terminar mi abuelo dijo, con afable firmeza: «Íñigo, acompáñame a dar un paseo». Me levanté con rapidez, deseoso de hacerlo mi confidente.

No tuve que esperar mucho, en cuanto dejamos a nuestras espaldas las viviendas y nos introdujimos en un lugar apartado y solitario le confíe el contenido de la correspondencia que había recibido de los parientes de Cristóbal y el fruto de mis investigaciones sobre él. Sin omitir el intento de entrevistarme con Ángeles Rosales.

Después de un largo silencio en el que su mirada parecía perdida entre las sombras de las míticas palmeras, dijo por fin:

—Íñigo, no te preocupes, sacaremos a la luz todos los secretos que se han fraguado alrededor de esta trágica historia. Mientras que tú intentas hablar con la enfermera yo visitaré a Úrsula y Darío, supongo que recordarás que eran los caseros de los Maldonado. Cuando cerraron la mansión se vinieron a vivir a Colombres.

—Sí, cómo los iba a olvidar, Darío era quien nos trasladaba a Cristóbal y a mí con el calesín, de Llanes a Colombres y al contrario.

—Creo, Íñigo, que nadie mejor que ellos podrá saber lo que ocurrió con Claudia y Cristóbal.

Nuestra conversación acabó con la propuesta de mi abuelo, que yo acepté encantado. La vuelta a la casa fue lenta, los dos caminábamos con un extraño desasosiego interior que se exteriorizaba en el desinterés por todo lo que nos rodeaba. Por suerte para nosotros la casa ya estaba en silencio, a oscuras entramos en las habitaciones. El cansancio solo me permitió descalzarme antes de dejarme caer en la cama como si fuera un fardo. Del resto de la noche nada, ni siquiera una pesadilla que la ensombreciera.

* * *

Nadie se sorprendió al verme aparecer frotándome los ojos a las diez de la mañana. Solo mi padre hizo un gesto de desagrado al observar mi desaliño. Tuve que retirarme y volver en condiciones de pasar su revisión para poder sentarme a la mesa a desayunar. No necesité preguntar por el abuelo, al no verlo allí imaginé que se había marchado a cumplir con lo prometido. Yo hice lo propio, en cuanto terminé el café con leche y las tostadas agité la mano en señal de despedida y salí de la casa.

Antes de entrar a la Quinta Guadalupe o «el Elefante Blanco», como era conocida, sentí la necesidad de girar en torno a ella con la intención de recordar la primera visita que hice con el abuelo, recién cumplidos los quince años.

No esperaba ver nada parecido en Colombres, como tampoco imaginaba que la emoción del abuelo acabaría por apoderarse también de mí. Nada más llegar frente a la puerta principal del palacete tuvo que apoyarse en uno de los pilares de la escalera de entrada para no caerse. Su rostro y manos estaban fríos y sin color cuando lo obligué a sentarse en el escalón, y yo a su lado. Cuando después de un gran esfuerzo logró recuperarse me estrechó entre sus brazos, mientras sus palabras se rompían en sus labios al relatarme la historia de todos los jóvenes, de entre catorce y dieciocho años, que habían emigrado a América. Las lágrimas corrían por sus mejillas al exclamar: